

Desde la Torre

Enero 2025

LA PARADOJA DE LA *POLIS*

Cualquier *polis* está fundada sobre acuerdos y conflictos. La vida en común depende de costumbres institucionalizadas en forma leyes, que, al afirmar algunas cosas, excluyen otras. Esto ocurre de un modo fractal, aunque se haga más visible puntualmente en planos concretos. Uno de los planos más básicos donde se presenta es el idioma. *Toda* lengua es colonial, puesto que manifiesta la supervivencia de un cuerpo de hablantes (y con ello la desaparición de otros, que podrían ofrecer, con sus sintagmas y categorías, otras perspectivas del mundo). Uno de los planos más superficiales y evidentes es la guerra. La clave del plano más profundo es lo que representa la condena de Sócrates por parte de la Atenas democrática: ¿puede una sociedad razonable permitir que se cuestionen todas las cosas?

Esto debe prevenirnos contra la ingenuidad de pensar que una causa política puede ser perfectamente legítima. Prestar una adhesión completa a cualquiera de ellas conlleva una militancia que nos hace ser a la vez miembros más comprometidos de un partido y más tiranos potenciales, casi completamente al margen de lo buenas que sean nuestras intenciones: cuanto mayor es mi implicación, con más fuerza lanzo la piedra. La sangre es la tinta con que se redacta cualquier ley. Somos iguales, como mínimo, a este respecto. Siempre vivimos a expensas de otros. Los excesos de Roma no hacen buena a Cartago. Ante esta condición ¿cómo podemos vivir de la mejor forma posible?

El primer paso podría consistir en conocernos a nosotros mismos. Toda civilización implica cierta barbarie, pero no está claro que toda sociedad se muestre dispuesta a reconocerlo. El crimen fundacional de cualquier sociedad carga de una culpa que solamente empieza a lavarse cuando se confiesa. Adoptar *El rapto de Europa* como mito fundacional nos dignifica en la medida en que reconocemos que procedemos del secuestro, el pillaje y el crimen.

Ante esto, podemos plantear la política como el intento de organizar los desacuerdos que implica la vida en común de una forma pacífica. Atacar al supuesto adversario no es tanto buena política como partidismo, y es genuinamente fácil: ya estábamos de acuerdo con nuestros amigos. Lo difícil, lo valioso, es estar dispuesto a vivir en armonía con quien tiene opiniones diferentes a las propias. Resolver la paradoja de la tolerancia siendo intransigentes con la intolerancia es algo que, si resulta inevitable, debería vivirse con cierto pesar.

Casi siempre son tan importantes los acuerdos como los conflictos. Querer vivir en condiciones de libertad e igualdad dicta, hasta cierto punto, una lógica. Vernos como herederos de un conflicto que buscamos resarcir nos iguala como ciudadanos que miran hacia un orden mejor, y nos presenta el pasado solamente para constatar la humildad y la valentía con que hemos de trabajar mirando hacia el futuro. Posiblemente la principal tragedia de las grandes tragedias es la facilidad con que podían haberse evitado. La culpa no es de las estrellas. Reconocer nuestra ignorancia y la herencia colonial de *cualquier polis* es el primer paso hacia la sabiduría. Si no podemos dar más pasos definitivos, demos pasos provisionales sin perder de vista nuestra condición, ni la de los que vendrán.